

Archivo Histórico de Jalisco Departamento de Investigación y Divulgación

El Tiempo
Jalisco



Año IX • Núm. 27 • Noviembre 2014

Índice



Discusión y controversias actuales y pasadas en torno a la muerte del general cristero Enrique Gorostieta

Editorial 3

Línea del tiempo

Una primera aproximación al personaje 5

Semblanzas y expediente militar 9

Fama y gloria13

La muerte del general17

Lic. Jesús Portillo y Serrano20

Bibliografía y fuentes hemerográficas23

Editorial



El presente número de la revista electrónica trata sobre el asesinato del General Enrique Gorostieta, perpetrado por las fuerzas federales, el 2 de junio de 1929, en la Hacienda (hoy museo) del Valle, municipio de Atotonilco el alto, Jalisco. Este general regiomontano tuvo una impecable carrera militar en el ejército porfirista; combatió los levantamientos de Emiliano Zapata y de Pascual Orozco, durante la presidencia de Francisco I. Madero. Tras el golpe de Estado de Victoriano Huerta, apoya la usurpación, luchó contra los constitucionalistas y defendió el puerto de Veracruz del desembarco de tropas estadounidenses. Vivió exiliado con su familia en el Paso Texas y finalmente es invitado por la Liga Nacional de Defensa de la Religión a dirigir a la Guardia Nacional Cristera.

Como general cristero logró organizar a los soldados de Cristo Rey haciendo de ellos una tropa combativa y eficaz; lo cual le granjeó fama y reconocimiento entre los católicos militantes. Muere en la hacienda del Valle, el 2 de junio de 1929, a manos de las fuerzas federales, a las órdenes del General Saturnino Cedillo. El recuerdo y la memoria del general cristero han trascendido el tiempo; sobre todo en la región de los Altos de Jalisco se le siguen rindiendo homenajes. Olvidada por la historia y sólo presente en la memoria histórica alteña, la figura de Gorostieta ganó notoriedad a partir del estreno de la película: La cristiana. Es un placer invitarlos a leer la monografía de este general cuya importancia histórica tiene poco de ser valorada y difundida.

Atte.

Lic. Carmen Guadalupe Lomelí Molina
Directora del Archivo Histórico de Jalisco

Linea del Tiempo



General José Gonzalo Escobar se levanta en armas en contra del régimen Callista
3 de marzo de 1929



El obispo de Tabasco, Pascual Díaz, el presidente de la república, Emilio Portes Gil y delegado de apostólico, Leopoldo Ruiz y Flores firman los acuerdos que ponen fin a la rebelión cristera
21 de junio de 1929



Serge Raynaud de La Ferriere (1916 - 1962)

Asesinado el General Enrique Gorostiza
2 de junio de 1929



Ponen fin a la revelión
21 de junio de 1929



*Discusión y controversias actuales
y pasadas en torno a la muerte del
general cristero Enrique Gorostieta.*

Por el Dr. Fabian Acosta Rico

Una primera aproximación al personaje

En el 2012 estrenó la película *Cristiada* dirigida por Dean Wright y hablada en inglés. La trama del filme está centrada en el general huertista y después jefe máximo de la Guardia Nacional, Enrique Gorostieta Velarde. La historia contada por el autor del guión Michael James Love suscitó desconciertos y críticas entre los puristas de la historia; y no faltaron, incluso, desmentidos de algunos testigos de aquel episodio de la biografía nacional; un episodio, por cierto, todavía muy presente y vivo en la cultura alteña.



En el imaginario histórico alteño hombres como Victoriano Ramírez “el Catorce”, Anacleto González Flores “el Maistro” y Santo Toribio Romo pesan y son parte importante en la construcción de una identidad divergente o disímbola respecto a la cada vez más

urbanizada y laica Guadalajara; ciudad en ocasiones fiel en otras no tanto a las tradiciones católico-criollas. Gorostieta no goza hasta el momento de la fama de estos personajes; pero un hecho clave de su biografía, su captura y fusilamiento por los rumbos de Atotonilco, se sigue comentado y no falta el neo-cristero alteño que fantasea con la idea de una posible victoria de los soldados de Cristo Rey, si el general regiomontano no hubiese caído en manos de las fuerzas federales del general Saturnino Cedillo.

Hay otro aspecto del personaje que ha contribuido a su magnificación dentro de los círculos neo-cristeros; uno por cierto, destacado por la historiadora Martha Elena Negrete, el hecho de que Gorostieta era un libre pensador; un hombre privilegiado por la culta y refinada sociedad porfirista; que superó su agnosticismo entre las balas y los gritos de “Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe”. Tan milagrosa conversión lo equipara, guardadas las distancias, con San Pablo que cegado por Dios alcanzó la conversión; y con el propio San Agustín que nació pagano y buscó, bajo el tamiz del escepticismo, una verdad irrefutable; la cual creyó encontrar en el Evangelio.

El mercenario general huertista que iba por la revancha contra los revolucionarios, desatendió la paga prometida y habría adoptado la fe de sus soldados por una acción providencial demostrando con su conversión

y sacrificio la santidad y justicia de la causa cristera.

La historiografía cristera no ha resuelto el enigma de la muerte de Gorostieta; darla por imprudencial o atribuirla a un desafortunado y accidental encuentro entre tropas federales y el estado mayor cristero, ofende la trayectoria de un estratega militar que prometía la victoria final sobre el régimen revolucionario. El mesías, el héroe, en su apoteosis necesita de un traidor; cuya cobardía contrasta con el valor y la grandeza de su víctima. En el imaginario popular alteño, el nombre del héroe es de sobra conocido: Enrique Gorostieta; el traidor, sí es que existió, yace ahorcado en el árbol de la especulación y los recuerdos extraviados.



Dado el caso, el mito se sobrepone a la historia y más cuando la historia presenta vacíos que la especulación y la parcialidad están prontas a llenar. Gorostieta, el gnóstico

general converso y mártir de la causa Cristera es historia; pero sobre todo es mito y uno que por cierto aún cabalga en los aniversarios de su muerte, cuando los jinetes neo-cristeros visitan la ex hacienda del Valle, municipio de Atotonilco, a honrar su memoria, puntales, cada 2 de junio.

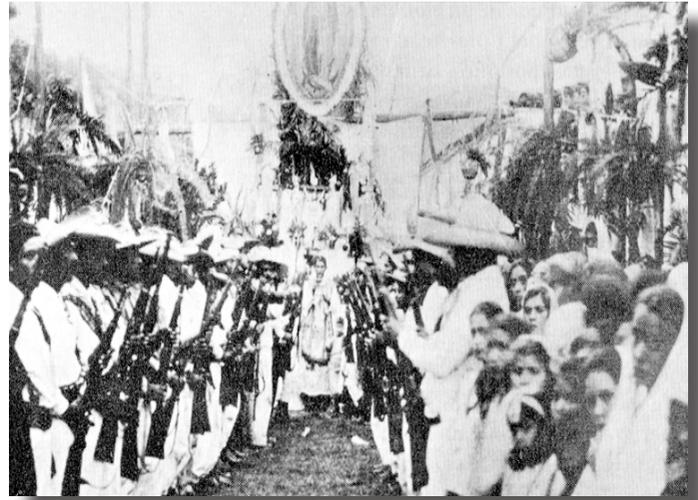
Nada para nadie, la llegada de Gorostieta a la Guardia nacional Cristera

Herederas de la Unión Popular (UP), del licenciado y pensador cristero, Anacleto González Flores, la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa emprendió la lucha armada contra el régimen de Plutarco Elías Calles en respuesta a una ley membretada con su apellido que obligaba a los ministros de todos los cultos a registrarse ante Gobernación; dictaba el número de sacerdotes facultados por las autoridades civiles para ejercer por número de habitantes; ponía los templos a resguardo de juntas vecinales entre otras disposiciones calificadas por el alto clero católico mexicano como intromisiones injustificadas del Estado en asunto eclesiásticos. El cierre de las iglesias fue una consecuencia de la persecución. La represión religiosa no cesó; y fue en aumento con las tácticas de resistencia civil pacífica orquestadas por los católicos militantes de la UP, los muchachos de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana y las jóvenes de la Brigada Santa Juana de Arco.



En una entrevista que el licenciado Miguel Palomar y Vizcarra le concedió al historiador James W. Wilkie, en abril de 1964, el ideólogo y líder cristero le aclaró que el mando de la Guardia Nacional le estaba destinado originalmente a Rene Capistrán Garza, joven de grandes dotes intelectuales y morales enviado por la Liga a negociar a Estados Unidos; en búsqueda del auxilio económico de los magnates irlandeses que, al parecer, simpatizaban con la causa cristera. La negociación no prosperó, por la intervención del obispo Pascual Díaz y Barreto que persuadió a los bienhechores a guardar sus chequeras. (Wilkie, 1995) El fracaso de su embajada desalentó a Capistrán; quien abandonó las filas cristeras, en momentos que la insurrección requería liderazgo, unidad y coordinación militar. La Liga optó por contratar un general desempleado con trayectoria; y no menos importante enemistado con la Revolución. El elegido fue el General Enrique

Gorostieta. Los jefes ligeros le encomendaron organizar las partidas de soldados de Cristo Rey, que en conjunto sumaban los casi 20 mil efectivos mal armados que combatían sin un mando único. (Wilkie, 1995)



La falta de recursos e incluso de instrucción castrense la compensaban con entereza, disciplina, abnegación y compromiso los cristeros; al menos esta era la impresión de Gorostieta. Para cubrir el oficialato de la Guardia le bastaban los jóvenes de la ACJM: “ellos saben combatir y saben morir, de tal manera que pueden ponerse de ejemplo a los militares más completos... (Anónimo, Agosto de 1954-julio de 1956) De su tropa no tenía distinta opinión: “mis contingentes son hombres de orden, de una moralidad como no ha habido ni habrá tropas en México... Por eso el fracaso del gobierno... por eso, ni con oro ni con sus crímenes han podido dominarlo. (Anónimo, Agosto de 1954-julio de 1956)

La táctica del gobierno de tierra baldía y de concentración de lugareños en pueblos y ciudades alteñas importantes pretendía socavar las bases sociales del levantamiento. Sin embargo, la principal debilidad de la Guardia Nacional, su dispersión, representó también su mayor ventaja táctica. Combatir a los cristeros resultó, en el campo, como azotar un avispero. Las guerrillas rebeldes atacaban, golpeaban y se perdían en las agrestes y rojas tierras de los Altos de Jalisco. La empresa militar requería un general a la medida (que dicho sea de paso estuvo a altura de Gorostieta). El militar elegido para acabar con la insurgencia cristera fue Saturnino Cedillo. Así como lo describe el jesuita e historiador, Heriberto Navarrete, era un hombre fogueado en la guerra de guerrillas; quien cambió la estrategia y táctica de combate de los federales.

Las tumultuosas columnas de soldados callistas, una o dos, de no menos de treientos hombres se internaban en territorio hostil; donde los lugareños o pacíficos sólo le prestaban apoyo de mala gana; y nadie delataba a los rebeldes. El propio soldado, el llamado despectivamente sardo, desconocía la causa por la cual peleaba; combatía con desánimo y miedo. Cedillo optó por atomizar sus fuerzas en pequeños grupos de cien o menos hombres; que se dispersaban por distintos rumbos, guardando cercanía entre ellos; así cualquier refriega con los cristeros sería advertida por los piquetes de soldados



próximos con el silbar de las balas. (Navarrete, 1973, pág. 234) La Punitiva, nombre dado a la campaña; además conllevó un trato distinto a los pacíficos.

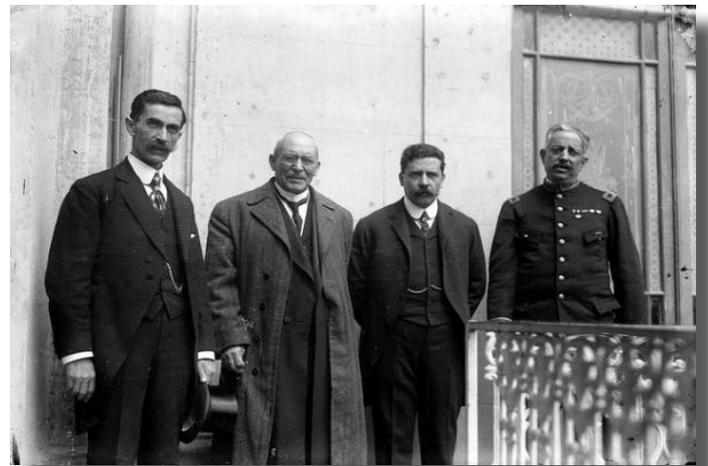
Las dantescas estampas de guerras, reproducidas en fotografías de época, que exhibían hileras de cristeros ahorcados en postes telegráficos terminaron en el desván de los malos recuerdos. Como lo admite el propio Navarrete: “Los cedillistas no depredan, no asesinan y ni siquiera ejecutan a los cristeros cogidos con las armas en la mano o en plena lucha”. (Navarrete, 1973, pág. 235) La Punitiva a pesar de sus éxitos comprometía enormes recursos del gobierno. A largo plazo, la campaña resultaría insostenible. En este sencillo cálculo atenazaban sus esperanzas los jefes cristeros. Además contaban con un general de gran historial y probada capacidad: Enrique Gorostieta, el Cristero agnóstico.

Semblanza y expediente militar del "Cristero agnóstico"

Gorostieta nació en Monterrey, en 1890. Su padre, Antonio María Enrique Pedro Gorostieta González fue un prominente abogado, periodista y literario cuyas finanzas y proyección política prosperaron durante el Porfiriato; y formó parte del gabinete presidencial, de Victoriano Huerta, como ministro de Hacienda y luego ejercerá el cargo de ministro de justicia. (Negrete, 1981)

Enrique creció, junto con sus dos hermanas mayores, Ana María y Eva María, en un ambiente ilustrado, liberal y aburguesado; rodeado de privilegios y oportunidades, comunes entre la clase urbana favorecida por el régimen. Concluidos sus estudios básicos y medios en su ciudad natal; quiso seguir la profesión de su padre; pero su madre lo persuadió de seguir la carrera de las armas. Con apenas 16 años, solicita su ingreso al Colegio Militar de la Ciudad de México, a través de una carta fechada el 19 de octubre de 1906; recibe una respuesta favorable a su petición el 26 de diciembre, de ese mismo año. Destacó en los estudios y obtuvo altas calificaciones y condecoraciones. Siendo aún cadete es asignado, en 1910, al cuerpo de ingenieros del Ejército Mexicano; del que pide su baja para ir a combatir la rebelión encabezada por Francisco I. Madero. Alcanzó el grado de teniente táctico de artillería, el 6 de mayo de 1911. Con la toma de Ciudad

Juárez, triunfa la insurrección maderista. Fiel a su juramento militar de respetar y proteger la figura presidencial, pone su espada al servicio del gobierno de Madero. Combate a las órdenes del general Victoriano Huerta, el levantamiento en Morelos, liderado por Emiliano Zapata. Las tácticas del general Huerta lo impresionaron y desde entonces tomó a su superior como referente de autoridad. Destacándose en el combate, concluye sus servicios en la campaña contra los zapatistas, en febrero de 1912, con el grado de capitán segundo táctico. Participa nuevamente, a las órdenes de Huerta en el sofocamiento de la rebelión de Pascual Orozco, a cargo de la sección de ametralladoras.



El general jalisciense, convencido de su eficacia y lealtad, dispuso de él en su cuestionado ascenso al poder. Derroca a Madero, y asume la presidencia provisional el 19 de febrero de 1913. A la sombra del llamado

usurpador, Gorostieta ve prosperar su carrera militar. El 11 de marzo recibe su nombramiento de capitán primero y es incorporado al estado mayor. Huerta le otorga la Cruz del Mérito Militar de tercera clase. Su adhesión al régimen pronto fue puesta a prueba. A las órdenes del General Rubio Navarrete, en febrero de 1913, sale con el rumbo a Coahuila a luchar contra el recién creado Ejército Constitucionalista de Venustiano Carranza. En Candela triunfan las fuerzas federales. Pero la revolución no es sofocada. Recién nombrado teniente coronel táctico de artillería, hizo gala de sus destrezas tácticas en el uso de las ametralladoras y los cañones al defender con éxito la ciudad de Monterrey del ataque de los contingentes revolucionarios encabezados por Pablo González Garza



Integrado a las fuerzas de Joaquín Maass Águila, sobrino de Huerta y delfín del régimen, participa en la defensa del Puerto de Veracruz. Nuevamente comandado por el general Rubio Navarrete, luchó contra la expedición estadounidense que, con más de

65 barcos de guerra de gran calado y 700 cañones, bombardeó el Puerto. El ataque y la toma de la plaza le permitió a Gorostieta estrenar patrióticamente su nuevo rango, el de Coronel táctico de artillería; el que pronto sustituyó por el de general brigadier; con sus apenas 24 años edad resultaba el militar federal más joven en alcanzar dicho rango.

El tren revolucionario arrolló al efímero régimen de Huerta; quien presentó su renuncia ante el Congreso el 15 de julio de 1914. El 13 de agosto, con la firma de los tratados de Teoloyucan, el ejército federal, creado por el general Porfirio Díaz, quedó disuelto. Una parte importante de la vida y razón de existir del general Gorostieta quedó lapidada y tuvo de epitafio las firmas estampadas por el general Álvaro Obregón y el general federal Gustavo Salas en los referidos tratados. Junto con otros militares y funcionarios del régimen huertista, zarpa con su padre y familia, del puerto de Veracruz, el 25 de septiembre de 1914, con rumbo a Galveston, Texas. Obligado a desempeñar humildes oficios para sobrevivir, Gorostieta participa entre los meses de febrero y marzo de 1915 en la convención de exiliados políticos mexicanos, realizada en El Paso Texas. Colabora con la conspiración que, con el apoyo del gobierno Alemán, pretendía conformar un frente de exiliados, enemigos de la revolución, comprometidos en regresarle la silla presidencial al general Huerta. Las autoridades estadounidenses frenan la conjura y apresan a sus dos principales cabecillas, el propio general y a

Pascual Orozco. Ambos terminan confinados en la cárcel militar de Fort Bliss. Hasta aquí la vida personal y trayectoria de Gorostieta permiten precisar que el futuro general en jefe de la Guardia Nacional era un hombre con formación liberal, que perteneció a una familia acomodada que gozó de privilegio e influencia durante el régimen porfirista y que no duda en tomar partido por Victoriano Huerta, tras la caída del gobierno maderista.

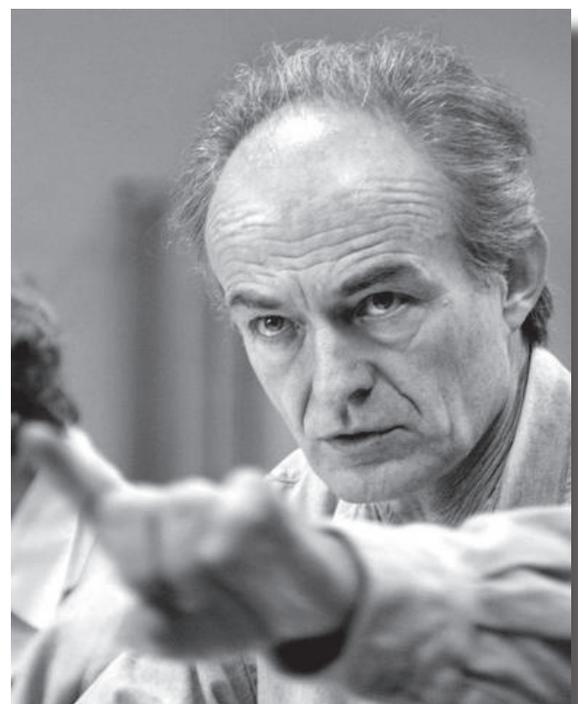


Un aspecto de su persona de sobra destacado que lejos de evidenciar algún viso de incongruencia u oportunismo; sino que lo dignifica dentro de los anales de la historiografía cristera es su aparente agnosticismo. En efecto, aunque el expediente militar del "general agnóstico" es impecable y pletórico de acciones destacadas en las que descolló valor y genialidad castrense, la verdad es que Gorostieta no tendría la notoriedad ni su memoria habría sido objeto de mitificaciones y póstumos honores de no haber participado en la Cristiada.

El que supuestamente haya abrazado la causa de Cristo Rey por un convencimiento

espontáneo y sincero; le dio pauta a los historiadores revisionistas para explayar su parcialidad militante y exaltar, en tono cuasi poético y bíblico, la milagrosa, la providencial conversión del héroe apostata que por voluntad o socorro divino se convierte en un nuevo y moderno Judas Macabeo; en un David que desafía con una piedra y una onda al Goliat, al Leviatán del Estado Revolucionario.

Para el imaginario religioso cristiano católico el milagro es la prueba, socorrida por su teísmo, para legitimar toda causa o propósito por mundano que parezca. ¿Qué acaso no se valió Jesús, según reza el Evangelio, de los pecadores e incrédulos para edificar su Iglesia? "El pueblo de Dios" ya tenía en Anacleto González Flores a su profeta; necesitaba ahora de un Constantino, de una espada al servicio de Dios, y en Gorostieta la encontró.



Pero queda la duda de si la historia acerca de su incredulidad es del todo cierta; o hay en ella mucho de maquinación e invención. Jean Meyer, el autor de la *Cristiada* (1994), a décadas de publicada su obra, rectifica el dato. En una misiva dirigida a Leticia Gorostieta Damm, quien le hizo llegar las fotocopias de varias cartas escritas por el General, reconoce Meyer que el supuesto agnosticismo del Gorostieta puede refutarse con los testimonios que ofrece dicha correspondencia:

En el tomo I de mi *Cristiada*, en la página 281, escribí que era un liberal, como su padre, agnóstico, quizá masón, como todos los porfiristas; que se fue a la guerra, contratado por la Liga para vengarse de los revolucionarios que habían truncado su brillante carrera, al disolver el antiguo Ejército federal. Luego prosigue y digo que, al contacto de los cristeros y de la fe del pueblo, se convierte paulatinamente. Su correspondencia, tanto con su padre, muchos años antes de la *Cristiada*, como con su esposa, demuestra que caí en una falacia. Sobran las afirmaciones de una clásica y profunda fe católica.... (Castro, 2015, pág. 27)

En un mea culpa, el historiador francés reconoce que cayó presa de la seducción del mito, de la leyenda dorada, urdida por los cristeros; que escuchó de boca de sus informantes como Aurelio Acevedo Robles, Nicolás Valdés y sobre todo del padre jesuita e

historiador Heriberto Navarrete autor del libro *Por Dios y por la Patria* (1973). A él le atribuye la autoría del mito del general agnóstico. Al referirse a él, Navarrete le remarca a Meyer:

Imagínese: un general federal, del ejército porfirista, es decir de los liberales, “chinacos de la guerra de Reforma, de Benito Juárez, el archí enemigo de la Iglesia, que se vuelve el jefe Supremo de la *Cristiada*. ¡Milagro! Milagro que confirma la justicia de la causa cristera. (Castro, 2015, pág. 27)

La adhesión al mito de la conversión providencial de Gorostieta de parte de los neo-cristeros no merma sin embargo, a años de distancia del levantamiento, suena más a una curiosidad biográfica que coloca las primeras filigranas a la historia que el general escribió como jefe máximo de los ejércitos cristeros. El general regiomontano no sólo fue un excelente estratega que mantuvo en jaque a las fuerzas federales; además, era un hombre de ideas e ideales que no sólo luchó por una paga que, por cierto, sólo recibió una vez; en su manifiesto y de propia voz se pronunció a favor de un México justo y próspero; de libertades políticas, económicas, educativas y sobre todo religiosas.

Fama y gloria de Gorostieta

El hacendado y dueño de la tequilera Herradura, Bartolomé Ontiveros, importante dirigente de la Liga quien convencería a Gorostieta de unirse a la causa, escribió un libro: *Los Cristeros o algunos datos para la historia de los cristeros*, (Ontiveros, 1930) cuyas críticas al alto clero agraviaron al Arzobispo de Guadalajara Francisco Orozco y Jiménez, al grado de prohibir su lectura y ordenar a su autor la destrucción de todos los ejemplares. La instrucción del arzobispo fue atacada diligentemente, pero algunos ejemplares se salvaron. El referido libro recoge testimonios de Gorostieta en los que el general manifiesta su asombro por la admiración, respeto y afecto que su persona suscitaba entre las muchedumbres afectas a la causa. Dicha popularidad sembró la sospecha de que las envidias de los mandos de la Liga conjuraron la supuesta traición que le costaría la vida en la hacienda del Valle. De haber continuado al frente de la lucha; de no haber sido asesinado por los federales ¿Cabría la posibilidad de que el Cristero agnóstico se hubiera convertido en el caudillo, en el generalísimo del movimiento; desplazando a los dirigentes de la Liga? Como les ocurrió a los Falangistas cuando el General Francisco Franco se adueñó del liderazgo el protagonismo del levantamiento que sepultó a la República Española.

Despreciando el oficio de futurólogo y

en exclusivo apego a los datos históricos, lo cierto es que el movimiento cristero dominaba extensas zonas rurales del Occidente y Bajío de México. Como lo refiere el propio General, durante su estancia en Michoacán, no hubo pueblo de segunda o tercera donde los lugareños y los jefes regionales no salieran a recibirlo a él y a su estado mayor con algarabía y le rindieran los honores de un verdadero salvador y líder supremo; estas manifestaciones de afecto popular dispararon hasta el paroxismo en Jalostotitlán, Jalisco.



Despreciando el oficio de futurólogo y en exclusivo apego a los datos históricos, lo cierto es que el movimiento cristero dominaba extensas zonas rurales del Occidente y Bajío

de México.

Como lo refiere el propio General, durante su estancia en Michoacán, no hubo pueblo de segunda o tercera donde los lugareños y los jefes regionales no salieran a recibirlo a él y a su estado mayor con algarabía y le rindieran los honores de un verdadero salvador y líder supremo; estas manifestaciones de afecto popular dispararon hasta el paroxismo en Jalostotitlán, Jalisco.

La fama se gana. Gorostieta había puesto orden y disciplina entre las bien portadas tropas cristeras. Tenía grandes planes. Los tiempos eran favorables para cumplirlos. El 3 de marzo de 1929, José Gonzalo Escobar, al mando de una fuerza de 30 mil efectivos, insurreccionó los estados de Coahuila, Durango, Nuevo León, Chihuahua, Sonora, Baja California Sur y Veracruz. Decidido a derrocar al presidente Emilio Portes Gil y acabar de paso con el Maximato o egida del jefe máximo de la revolución, Plutarco Elías Calles. El general Escobar negociaba con los cristeros para unir fuerzas contra el gobierno. Para infortunio de los soldados de cristo rey, el general federal, Juan Andreu Almazán liquidó la insurrección en tan sólo tres meses. Pero como lo refiere Ontiveros, lejos de desalentarse, Gorostieta intensificó sus acciones. Con el aplastamiento de la insurrección escobarista, los cristeros se quedaron sin aliados pero no sin esperanza. El incansable general cristero se multiplicó realizando cabalgatas por todos los territorios

en guerra; una carta citada por Ontiveros, a un tal Juanito nos evidencia el grado de compromiso del general traducido en su itinerario:

Yo estoy escribiendo desde Tepatitlán a donde llegué anoche. Para que se tome una idea de mi esfuerzo, sólo le digo que antier a las cuatro de la tarde estaba en Cojumatlán, Mich.; después de 19 horas de trote llegué a Atotonilco, salí para Arandas en auto a fin de dictar órdenes y medidas, pues estas ciudades que han abandonado los sardos son una maldición mayor que Capúa fue para Anibal; de Arandas salí para ésta. (Ontiveros, 1930, pág. 142).

Juan Ignacio Padilla, historiador sinarquista, y como tal heredero de las banderas e ideales de la Liga, niega en su libro *Sinarquismo Contrarrevolución* (Padilla, 1948) que el levantamiento se encaminara a la victoria en 1929 y que, por el contrario, el Obispo Pascual Díaz actuó con sensatez y oportunidad firmando los tratados que pusieron fin a la guerra. Discrepando, entre los neo-cristeros persiste la idea de que el triunfo estaba asegurado en los términos señalados por Gorostieta acerca del desgaste de las fuerzas federales en el empeño de acabar con una resistencia perenne, animada por un noble ideal de libertad y justicia. En una conmemoración de la Guardia Nacional por el 83 aniversario luctuoso del General; uno de los oradores señaló:



Hay fundados testimonios históricos de que el Gral. Gorostieta preparaba una ofensiva final contra el pretoriano ejército callista, y estaba muy próxima la toma de Guadalajara, con lo cual el régimen callista se hubiera derrumbado, pues gran parte del ejército callista estaba combatiendo la rebelión escobarista en Coahuila y Nuevo León, y cerca del 95% del ejército se había sublevado contra Calles. (Acto conmemorativo por el 83 aniversario luctuoso del Gral. Enrique Gorostieta, 2012)

Que la caída del régimen callista era cuestión de tiempo, estaba en la mente de Gorostieta y sus tácticas y operaciones militares eran consonantes con esta apreciación o expectativa; pero, lo embargaba una zozobra quizás más fundada. La abnegación de sus hombres que tanto ponderaba; se

permutaba en docilidad a sus pastores. La única prioridad del clero era negociar con el gobierno la reapertura de los Templos. Los Estados Unidos ofrecieron su mediación para suscribir la paz entre la Iglesia y el Estado. Que las organizaciones clericales como los Caballeros de Colón, la Acción Católica e incluso los propios cabildo arzobispales no estuvieran dispuestos a respaldar o a apoyar la causa no le robaba el sueño al General; lo que en verdad le preocupaba era que los curas ya reinstalados en sus pulpitos y confesionarios llamaran a la paz y con su autoridad moral desmovilizaran a los ejércitos cristeros. Los temores de Gorostieta se cumplieron; pero ya no pudo atestiguar la debacle, el naufragio de la causa de Cristo Rey.

MANIFIESTO a la NACION

LANZADO POR EL JEFE SUPREMO DEL MOVIMIENTO MILITAR (CRISTERO)
GENERAL ENRIQUE GOROSTIETA.

El pueblo de México, que ha sufrido durante estos últimos meses una tremenda crisis política y social, se encuentra hoy en un momento de profunda angustia y desesperación. El régimen callista, que se ha sostenido por la fuerza y el terror, ha perdido todo prestigio y autoridad moral. El pueblo reclama justicia y libertad, y se levanta en armas contra la opresión y la tiranía. Este manifiesto tiene por objeto exponer al mundo las verdaderas causas de la crisis que atraviesa México y pedir al pueblo que se levante en defensa de sus derechos y libertades. El pueblo debe saber que la causa que defendemos es justa y santa, y que contamos con el apoyo de todos los mexicanos que desean la libertad y la justicia. El pueblo debe saber que la causa que defendemos es la causa de Cristo Rey, y que contamos con el apoyo de todos los cristianos que desean la paz y la justicia. El pueblo debe saber que la causa que defendemos es la causa de la libertad y la justicia, y que contamos con el apoyo de todos los mexicanos que desean la libertad y la justicia.

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD.

Los Altos, Jalisco, a 4 de Agosto de 1928.

GENERAL ENRIQUE GOROSTIETA Jr.

Aunque impuesto por la Liga, el Manifiesto a la Nación, proclamado por el General a su ingreso al movimiento marcó la visión y los ideales por los que estuvo dispuesto a morir. No lo contentaría el fin de la represión eclesiástica. Más allá de sus personales cuentas por saldar con el gobierno revolucionario, el jefe militar de los cristeros luchaba por las libertades arrebatadas al pueblo mexicano por Calles y sus secuaces: libertad de conciencia, religiosa, trabajo, imprenta...; en este empeño no era menester romper del todo con el pasado; aunque de él se hubieran heredado errores y males como las Leyes de Reforma; con excepción de ellas; la vieja Carta Magna de 1857 serviría de marco constitucional para restablecer el orden y la justicia en México.



El Manifiesto reconocía la necesidad de un reparto de la tierra; pero, con un justo pago, erogado por el gobierno, a sus dueños. Bajo el régimen cristero, la propiedad sería asequible a todos los mexicanos y los derechos políticos extensibles a la mujer. La soberanía, como prerrogativa del pueblo y no de un grupo de asaltadores del poder, se ejercería no sólo de forma representativa mediante la elección de autoridades; sino también de manera participativa a través del referéndum y el plebiscito. (González, 1998, págs. 944-950)

La re-construcción del estado mexicano no sería posible sin el derrocamiento del régimen. El tratado de paz, suscrito, el 21 de junio de 1929, entre el obispo de Tabasco, Pascual Díaz, el presidente de la república, Emilio Portes Gil y delegado de apostólico, Leopoldo Ruiz y Flores, sumado a la muerte del General Gorostieta hundieron la rebelión cristera; y facilitaron la imposición de un modus vivendi de aparente tolerancia entre las autoridades políticas y las eclesiásticas. Una paz añorada por ambas partes. El general en jefe de las fuerzas cristeras no tenía ni quería una silla en la mesa de negociaciones; resultaba, por tanto, más un problema, un escollo para alcanzar el armisticio. Estas circunstancias invitaban a pensar en un complot para darle muerte.

La muerte del general Enrique Gorostieta

En su infatigable tarea de organizar a la Guardia Nacional, el general tomó rumbo a Michoacán en compañía de su estado mayor. En el trayecto tuvieron que cruzar el río Lerma a la altura de Yurécuaro. Para llegar a su destino el general escogió la ruta más corta y desprotegida. Actuaba el estratega huertista con imprudencia o precipitación. Sus ojos estaban afectados por una infección de conjuntivitis. Le molestaba la luz. Cabalgar a pleno rayo de sol resultaba una molestia. La incomodidad quizás lo impacientaba. Con su séquito pernoctó en la hacienda de la Yerbabuena. Un piquete de federales ignorante del desplazamiento cristero, se alojaba en una hacienda situada al otro lado del cerro. De Portezuelo salieron los callistas a su involuntario encuentro con el general cristero.

Al preguntarle el General a Rodolfo Loza Márquez dónde podría almorzar, descansar y darle algo de comer y refresco a los caballos; éste le contesta que de camino quedaba la Hacienda del Valle. Loza le advertía que era un sitio peligroso; frecuentado por los "pelones". A Gorostieta le gustó el lugar y para allá tomaron camino. (Ceja, 1981, pág. 325) Miembros de la escolta y del estado mayor, como Heriberto Navarrete y Loza callan su inconformidad; dan por un capricho la ocurrencia del General de meterse en territorios hostiles.

Entre 9 y 10 de la mañana llegaron a la finca; una sólida construcción de un bloque cuadrangular grande, limitado por paredes de adobe, al frente lo decoraba un corredor con arcadas espaciosas sostenidas por columnas; en el centro, sobre el portón de entrada, descansaba un arco. Los caballos fueron llevados por los asistentes del general Gorostieta, Carrillo Galindo y de Idefonso a la caballeriza de la casa, situada al fondo de la construcción. Para cuando llegaron los federales, los cristeros no tenían a modo sus cabalgaduras para emprender la huida. Los lugareños les aportaron pan, huevos estrellados y leche en abundancia. Desayunaron. El general mandó pedir un cabrito tatemado para lo comida. No tenía intención de irse pronto. En cuanto pudo, entró en la oficina de la hacienda; sus ojos le ardían con la luz. Buscó un rincón oscuro y se recostó en un petate. El resto de los cristeros



se dispersó por la hacienda y el corredor; sólo el general Carrillo en compañía de unos pocos soldados subió a la azotea a montar guardia. En la huerta, situada en la parte trasera, estaba una puerta clausurada; ante una eventualidad la única salida era el portón de la entrada. Poco pudieron descansar los cristeros en aquella ocasional trampa; los federales llegaron al poco tiempo a la hacienda.

Ante los primeros disparos, recibió el General su caballo de manos Luis Valles, su asistente. Entonces le gritan “se meten por la puerta”. Se dirigió al portón y desenfundó la pistola. Según los testigos de la muerte del general, el caballo le cayó encima; un pie le quedó atorado bajo la bestia muerta; logró zafarse y tras incorporarse corrió de vuelta la hacienda. No quería caer prisionero. Tomó su pistola y salió de nuevo a enfrentar al enemigo. No dio ni cuatro pasos cuando una bala le atravesó la frente.

De principio, lo federales desconocían la identidad de aquel hombre temerario que los enfrentó pistola en mano. Un soldado brincó con mofa sobre su cadáver, ganándose una reprimenda de su superior. Le increpó: “así no se trata a un valiente”. En la tarde, la noticia corrió por el cielo alteño; cinco aviones arrojaron miles de volantes que anunciaban que el gobierno había acribillado al general y que su cadáver sería exhibido en Arandas, Jalisco. (Navarrete, 1973, pág. 245) .

Con excepción de Rodolfo Loza, el estado mayor y toda la escolta que acompaña a Gorostieta cayó prisionera. Hasta la última década, del siglo pasado, lugareños y simpatizantes del movimiento cristero, como lo señala una nota del periódico *El Informador*, persistían en incriminar a Loza y junto con él a Heriberto Navarrete y Valerio Valdovinos quienes, se rumora, estando de vigilancia, vieron a los federales aproximarse y los pusieron bajo aviso acerca de la presencia del jefe supremo. (Ex cristeros recordarán al Gral. Gorostieta Velarde, 1997) En los aniversarios luctuosos del general, neo-cristeros se presentan armados al alba de que hagan aparición los traidores. El ideólogo cristero e historiador revisionista, Palomar y Vizcarra descarta la traición; y subraya que la muerte de Gorostieta resultó accidental y oportuna a la vez, dado de que estaban en puerta los tratados que pusieron fin a la guerra:



Precisamente en esos días fue muerto Gorostieta; pero no hubo traición entre los suyos; fue un accidente de guerra en que pereció heroicamente. En el mismo año de 1929. Y los arreglos se celebraron en junio, y entendiéndose que en los primeros días de junio... en este momento no recuerdo exactamente la fecha –pereció Gorostieta en la lucha (2 de junio de 1929). (Wilkie, 1995)

En una carta firmada el 3 de junio de 1929, el general Cedillo le informaba a su superior inmediato, el general de división Joaquín Amaro, secretario de Guerra, acerca de la caída del jefe cristero; en ella le pide su parecer sobre cómo proceder con el cadáver tras haber sido expuesto públicamente; le sugería le fuera entregado a sus familiares y de paso que se notificara a la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. Hace también alarde el general de sus repetidas victorias sobre las gavillas fanáticas y se jacta que con estos hechos daría cumplimiento a su compromiso y promesa de pacificar la región de los Altos para antes del día 15, del mes en turno.

A las 13:15, del 5 de junio, en el carro caja número 10 mil 571, llegó en tren el féretro del general cristero a la ciudad de México procedente de Guadalajara. Lo custodiaba el mayor Sóstenes García, comisionado por la columna expedicionaria a las órdenes de Saturnino Cedillo; el capitán primero Alberto Toledo y Andrés Figueroa, comandante militar

de la plaza de Jalisco. Esperando el arribo los familiares y amigos de Gorostieta, solicitaron la entrega del cuerpo al mayor García; quien rechazó la petición dado que sus órdenes eran entregarlo al jefe de la guarnición de la plaza, capitán segundo, Agustín Mora. (Ceja, 1981, pág. 358)

No obstante, al final, sin mayores complicaciones burocráticas ni enredos protocolarios, el féretro le fue entregado Eugenio Rivera, esposo de la señora Eva



Gorostieta, hermano del general. En un carruaje dispuesto exprofeso a las afueras de la estación Colonia colocaron el féretro y lo llevaron a la casa del señor Rivera, donde fue velado: al día siguiente, a las diez horas, fue inhumado en el Panteón Español. (Ceja, 1981, pág. 358)

El historiador Carlos Periera describe el funeral como apoteótico; las muchedumbres de católicos militantes se volcaron a despedir al adalid de la causa cristera; cuya figura era elevada a la dignidad de mártir y víctima de una traición a los soldados Cristo Rey, fraguada en los más altos círculos del Estado y de la Iglesia:

... el entierro de Gorostieta en Méjico fue una explosión delirante de admiración y afecto. El estado pasional de la opinión pública se manifestó con más vehemencia que en el entierro del Padre Pro Juárez y en el de Toral. El joven caudillo era la primera víctima de las

Lic. Jesús Portillo y Serrano

negociaciones. (Pereyra, 1949, pág. 383)

Con la muerte de Gorostieta, y la firma de los acuerdos, el levantamiento cristero trepidó, perdió aliento y fuerza con prontitud. Los templos reabrían; los ideales, el México de libertades quedaba enterrado junto con los huesos del general; esperando revivir en mejores años. Antes de que soldados de Cristo Rey rompieran filas, un nuevo jefe de la Guardia nacional fue nombrado: Jesús Degollado.

El general fue objeto de culto. Olvidado por la historia oficial, el revisionismo cristero exaltó su memoria y mitificó su persona dentro del discurso político de una causa perdida; de

un ideario aplazado que bosquejó una patria bajo la soberanía, simbólica, de María de Guadalupe y Cristo Rey. En un panteón de la patria alternativo, concebido por los vencidos, edificado sobre las bases de un pensamiento y una iconología teológico católico; el general Gorostieta ocupa un lugar de privilegio dentro de la trinidad de los vencidos, los olvidados y los satanizados. Teodoro Amerlick describió una trinidad de personajes históricos que juega con analogías teológicas entreveradas con referencias consustanciales al hispanismo del catolicismo militante. En este ternario patriótico sagrado la figura de Dios padre, le corresponde a Hernán Cortés, el generoso creador de la nación mexicana. Agustín de Iturbide, el redentor, el salvador, el libertador de México; a quien sus compatriotas le dieron muerte, por una ingrata ley que le prohibía regresar a la nación que emancipó; a él, lo equipara Amerlick con Jesús Cristo. Finalmente, a Gorostieta le toca ser el último de las tres personas de la Trinidad; el que vendrá cuando las profecías estén por cumplirse: el Espíritu Santo: "... encontró nuestra patria en Enrique Gorostieta al adalid de fuerte espíritu que señala en la historia de Méjico la tercera etapa, la de la Confirmación, la etapa del Espíritu Santo". (Amerlinck, 1957) Para el autor de esta apología ultramontana, al igual que Juana de Arco, Gorostieta el "Cristero agnóstico" fue juzgado y despreciado por los obispos; y entregado a sus enemigos; dejando inconclusa su misión providencial de realizar



en el suelo patrio la paz y el reino de Cristo.

Los restos del General, junto con los de Luz María, la hija que jamás conoció, fueron trasladados a Atotonilco; descansan en la tierra que atestiguo su lucha; donde también yacen los restos de sus soldados; de aquellos humildes campesinos, disciplinados y leales que confiaban en que el genio militar del jefe supremo de la Guardia Nacional los conduciría a la victoria. Transcurrieron 25 años para que el general Degollado volviera a convocar a un grupo de veteranos cristeros para reactivar la Guardia como una organización cívica dedicada a preservar y divulgar la memoria y los ideales del movimiento. La organización neo-cristera tiene una

significativa presencia en Jalisco y Michoacán.

Acorde con las costumbres y modos campiranos de los Altos, los neo-cristeros centran su activismo testimonial y conmemorativo en las cabalgatas. Uno de sus más vistosos y concurridos eventos tiene lugar en Atotonilco; donde edificaron un mausoleo al general y en fechas recientes una plazuela y un museo en la ex Hacienda del Valle en su memoria, cuya placa tiene inscrita la fecha junio del 2014. Cada 2 de junio; viejos y jóvenes cristeros vestidos con camisa blanca de manga larga con distintivos de la Guardia Nacional, sombrero y pantalón de mezclilla desfilan para honrar la memoria del general Gorostieta. El carácter ecuestre de la conmemoración le da un tono elitista-campirano al evento; en el que salen a relucir los estandartes y las banderas cristeras y uno que otro retrato del jefe cristero.

En el lugar donde murió el general hay un monumento alusivo al sacrificio y memoria del general y una placa develada en junio de 1988, lo destaca como el jefe máximo de la Guardia Nacional; durante su inauguración, mil 500 simpatizantes se dieron cita; y es un punto de referencia para los jinetes que se congregan en los aniversarios. (Han pasado 58 años del movimiento cristero, 1988)

El culto a la figura y memoria del General Enrique Gorostieta gravita, como hemos visto, sobre la exaltación que la historiografía cristera ha hecho de su carácter de militar indómito, incansable y vencedor; cuya vida terminó por culpa de una supuesta traición; sin olvidar en hecho no menos trascendente, destacado por el imaginario cristero, de su conversión providencial; él un alma ilustrada, libre pensadora, abrazó la causa cristera, asumiendo dentro de la trinidad nacionalista-católica, la persona

del Espíritu Santo.



Bibliografía y fuentes hemerográficas

Acto conmemorativo por el 83 aniversario luctuoso del Gral. Enrique Gorostieta. (2 de junio de 2012). Recuperado el 3 de septiembre de 2015, de Ecce Christianus: eccechristianus.wordpress.com/2012/06/06/acto-conmemorativo-por-el-83o-aniversario-luctuoso-del-gral-enrique-gorostieta/

Amerlinck, T. (1957). Figuras místicas: Cortés, Iturbide, Gorostieta . Reconquista.

Anónimo. (Agosto de 1954-julio de 1956). ¿Quién era Enrique Gorostieta? Revista David Tomo II, Pag. 233 a 335.

Castro, J. P. (2015). Gorostieta. Relatos, testimonios y documentos. México : Edición de autor.

Ceja, V. (1981). Los cristeros. Crónica de los que perdieron. México: Grijalbo.

Corresponsal. (1 de junio de 1988). Han pasado 58 años del movimiento cristero. El Informador.

Corresponsal, E. (30 de mayo de 1997). Ex cristeros recordarán al Gral. Gorostieta Velarde. El Informador.

González, R. I. (1998). Planes políticos, proclamas, manifiesto y otros documentos de la independencia al México moderno, 1812-1940. México: UNAM. Meyer, J. (1994). La cristiada . México: Siglo XXI.

Navarrete, H. (1973). Por Dios y por la Patria. México : Jus.

Negrete, M. E. (1981). Gorostieta un cristero agnóstico. . México : Ediciones Caballito .

Ontiveros, B. (1930). Los Cristeros o algunos datos para historia de los cristeros. México.

Padilla, J. I. (1948). Sinarquismo Contrarrevolución . México: Polis .

Pereyra, C. (1949). México falsificado . México : Editorial Polis.

Wilkie, J. W. (1995). Frente a la Revolución Mexicana, 17 protagonistas de la etapa constructiva. Tomo . México : Universidad Autónoma Metropolitana .

